

Los sueños que se hacen realidad

por **Juan José Lage Fernández***

En una entrevista concedida por Fernando Alonso a la revista *Platero* (nº 8, octubre de 1986), dice al referirse a *El hombrecito vestido de gris*: «... es una obra que estuve mimando, jugando, corrigiendo durante varios años. Es la obra que marca mi opción seria y consciente por la Literatura para niños y que significa una evolución en mi forma de escribir».

El libro rompía con los rígidos moldes hasta entonces establecidos para la literatura infantil: su contenido ideológico y comprometido no se ajustaba a los cánones que regían para los libros escritos pensando en la infancia.

El libro obtuvo, no sin polémica, el Premio Lazarillo en 1977 —en 1976, recién fallecido Franco, no se convocó—, dividiendo al jurado entre los partidarios de la obra, que la consideraban innovadora, y los detractores, que veían el libro provocador y pensaban que los ocho cuentos que lo conformaban no se ajustaban precisamente al tipo de literatura que se debía ofrecer a los niños.

Pero el éxito posterior de los cuentos dio a entender que los niños pueden leer de todo, y supuso otra manera de entender la escritura para ellos: conjugar la tradición con lo actual, lo mágico con lo realista, la fantasía con la crítica de los defectos sociales, la utopía con lo educativo y la moraleja.

Cuentos para la reflexión

El primer cuento —que da título al libro— cuenta la historia de un ciudadano

El hombrecito vestido de gris

Fernando Alonso.
Ilustraciones de Ulises Wensell.
Editorial Alfaguara.
Madrid, 1978.



oficinista que lleva una existencia gris y mediocre y, por ello, siempre está soñando con convertirse en cantante de ópera. Y así hasta que un día sus sueños se hacen realidad y consigue romper la monotonía que le ennegrecía el corazón.

Del relato se desprende un mensaje clarividente: que la vida urbana actual ahoga en ocasiones la creatividad, que soñar no cuesta nada, que hay que luchar por aquello en lo que se cree porque, a veces, los sueños se hacen realidad.

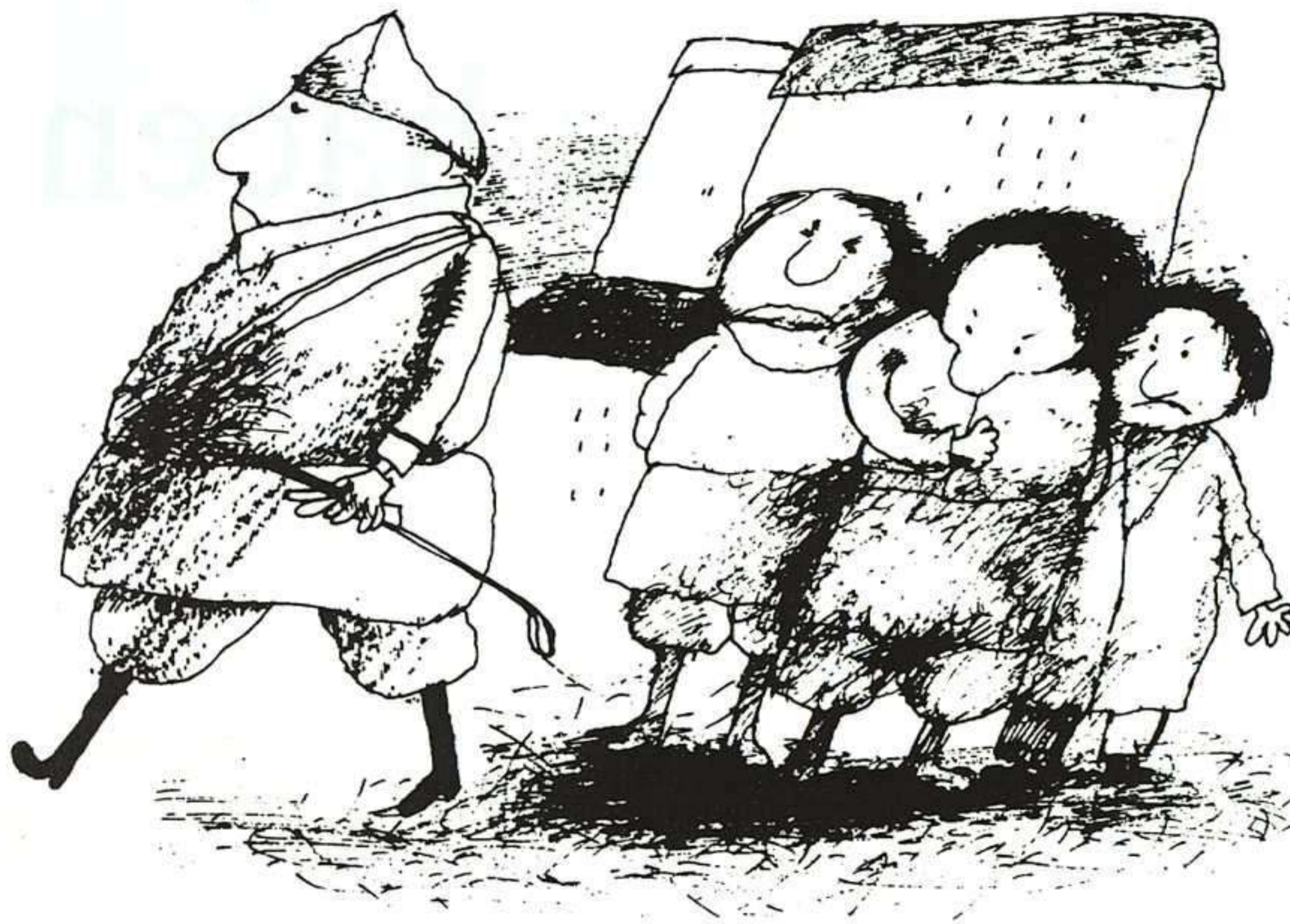
El autor presenta el relato bajo dos finales diferentes, como la vida misma: uno triste o más ajustado a la realidad («la vida pone a veces finales tristes a las historias»), y otro feliz, utópico, optimista, para aquellos a los que no les gustan los finales tristes. E, incluso, intenta despertar la imaginación del lector cuando la palabra «fin» se pone en interrogación. Sin duda denota el autor con esta obra —y, principalmente, con este cuento— una clara influencia de Rodari, un escritor de culto por aquel entonces, cuya obra más significativa y emblemática, *Cuentos por teléfono*, se

había publicado en Italia en 1962, y la primera traducción española, en 1973.

Todos los cuentos de *El hombrecito vestido de gris* se plantean como una reflexión sobre los problemas de las sociedades, sobre todo, los problemas del hombre, planeando sobre todos la lucha por la defensa de las libertades individuales, sin las cuales no se puede vivir.

El lenguaje —a rachas poético— es el que corresponde a unos cuentos concebidos para narrar a viva voz, con los principios estereotipados propios de los relatos tradicionales («Había una vez...») y sonoras reduplicaciones.

Si hay que destacar alguno de los ocho relatos, además del ya comentado, me inclinaría por «El viejo reloj», quizás el más creativo —publicado por separado en la misma editorial— que refiere la historia de los doce números de un viejo reloj que se escapan en busca de la libertad; por «El espantapájaros y el bailarín», relato conmovedor, canto a la lucha por los derechos humanos; o por «La pajarita de papel», que habla de la soledad, de la importancia de relacionarse y convivir.



LUIS WENSELL, EL HOMBRECITO VESTIDO DE GRIS Y OTROS CUENTOS, ALFAGUARA, 1988.

Todos los relatos del libro, por presentar diferentes niveles de lectura, son aptos para todas las edades, aunque por su alto contenido simbólico y por su carga ideológica, se aprovecharán mejor a partir de tercer ciclo de Primaria.

Fernando Alonso nació en Burgos, el 3 de julio de 1941. Licenciado en Filología Románica, ocupó diferentes cargos en TVE. Su primer libro fue *Feral y las cigüeñas* (Noguer). Otras obras suyas son: *El hombrecillo de papel* (Lista de Honor del Premio Andersen); *El duende y el robot*, *El faro del viento* (un intento de repetir el éxito de *El hombrecito vestido de gris*, aunque con cuentos de inferior calidad), *Sopaboba*, *El árbol de los sueños...* ■

*Juan José Lage Fernández es maestro, especialista en animación a la lectura, y director de la revista de LIJ, *Platero*.

Ejercicio de invención

por Miguel Calatayud*

No con demasiada frecuencia podemos disfrutar de libros ilustrados en los que concurren circunstancias tan especialmente curiosas. En este sentido, la singularidad de *El temible Safrech* se ve reforzada y adquiere mayor interés por formar parte de una obra colectiva —la colección *Con los Cinco Sentidos*—, limitada a cinco títulos, que muestra signos reveladores ya desde su aspecto externo. Es evidente el esfuerzo editorial. Se pretende una oferta muy estudiada en conjunto, canalizada según criterios de unidad y estilo propio. Con tal propósito, por encima de lo literario y también del hallazgo visual a cargo del ilustrador —fundamental, tratándose de álbumes infantiles—, aparece la tercera autoría omnipresente en la serie, la del diseñador

El temible Safrech

Ricardo Alcántara.
Ilustraciones de Javier Serrano.
Colección *Con los Cinco Sentidos*.
Editorial Aura Comunicación.
Barcelona, 1992.
Existe edición en catalán —*El temible Safrech*—.

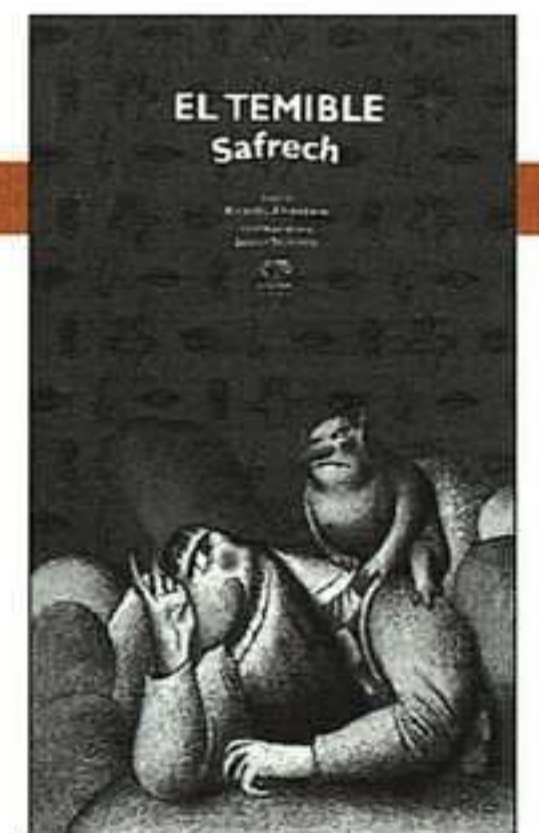


gráfico Enric Satué —primer lugar en créditos, luego del sello editor—, con la firme resolución de ejercer una influencia tan determinante como poderosa. De forma que todos los ingredientes en juego quedan subordinados al diseño gráfico y no al revés, como tendría que

ser según algún que otro acreditado y significativo punto de vista. Es necesario considerar esto por nuestra posición de inseguridad ante si algo tan estupendo y legítimo como la libertad artística —en cuanto a elección de formatos, espacios, «momentos», distribución y ubi-

cación de las imágenes— ha estado en manos del creativo ilustrador o ha sido asunto impuesto por el creativo diseñador gráfico. Tema bastante peliagudo que conviene abandonar para no alejarnos de la verdadera finalidad de esta escueta reseña.

Perfecta construcción visual del relato

El caso es que nos encontramos ante «los cinco sentidos», estuche que reúne cinco textos de Ricardo Alcántara, señalizados mediante cinco anagramas, exquisita idea, impecable ejecución y absoluta negrura como fondo identificador. Javier Serrano es el responsable de dar solución visual a la narración relativa al oído.

El mago Safrech es malvado y todo un carácter. Le pone de los nervios la posibilidad de cualquier vecindario y no soporta que Damián ande atareado en la construcción de una confortable torre allí cerca, en un claro del bosque. Para asustar y disuadir al jovencuelo, Safrech fabrica un ser espantoso, pero Damián hará uso de su arma secreta. Vencido, el monstruo termina revuelto y persiguiendo al mago.

Los resultados son bastante sorprendentes. No puede expresarse de otra forma: el ilustrador manifiesta en sus maneras una espléndida mutación. Serrano es un artista de calidad sobradamente demostrada, gran dibujante, poseedor desde tiempo inmemorial de todos los recursos necesarios para resolver con solvencia cualquier ejercicio de forma y composición, buen colorista, etc. Sin embargo, en esta ocasión desvela algo que hasta ahora ha permanecido interno, latente. Todo un repertorio de soluciones nada contradictorias con su etapa o etapas anteriores, pero reveladoras como indicador de cambio: en el pensamiento, en la intención, en el producto final... Para valorar en su exacta dimensión el afán de búsqueda, el alto vuelo emprendido por el ilustrador, no hace falta retroceder demasiado, basta comparar *El temible Safrech* con su intervención, sólo un año antes, en *Oriente de perla*, de Miguel Ángel Fernández-Pacheco. Aquella realización resume y culmina



JAVIER SERRANO, EL TEMIBLE SAFRECH, AURA COMUNICACIÓN, 1992.

todo un itinerario de preciosismo, ajuste y eficacia. Ilustraciones excelentes sin la dilatación simplificadora que desencadena esta otra nueva mirada, a cuya inauguración asistimos en la obra que nos ocupa. Un ligero vistazo es suficiente para comprobar cómo el recurso anecdótico ha sido reducido al mínimo. La puesta en página resulta casi de efecto escultórico, con acentuación del clarooscuro en clave de fórmula personal. Personajes y decorados adquieren grandeza y corporeidad. Un perfecto ejemplo de ilusionismo: lo bidimensional puede adquirir voluminosidad imposible, nada realista. Todo es invención. Son escenas que nos permiten deambular por espacios recreados según pautas correspondientes a otra naturaleza descrita en términos ajenos a lo conocido, modelado con robustez, sin detalles superfluos, atendiendo sólo a lo estrictamente esencial. Como excepción que viene a confirmar —una vez más— la regla, puede señalarse cierto elemento distorsionador que aparece concreta-

mente en la página 10. Se trata de un pajaraco azul, utilizado por Safrech como vehículo de transporte aéreo, que es puro convencionalismo. Nada en él responde a la sólida y elegante estructura del imaginario restante: plumaje complicado, exceso descriptivo en la guarnición, debilidad conceptual... ¿Es difícil aplicar criterios de corporeidad y síntesis a una bestia plumífera? Es posible que ocurra algo de eso, ya que más adelante (página 16), sobre la torre que construye Damián en el bosque, también se nos muestra una especie de pavo real miniaturizado y prescindible. Sin duda alguna, estas aves son una insignificancia irrelevante que no alcanza a empañar la memorable brillantez de todas las ilustraciones del libro. Brillantez que acaba por imponerse —¡cosas de la imagen!— a los aspectos de maqueta y producción. Al fin y al cabo, un álbum termina siempre siendo eso: un álbum, la construcción visual de un relato con texto propio o ajeno, o a partir de una idea, sin texto alguno. Al respecto hay que añadir que Ricardo Alcántara se muestra sobrado conocedor de su oficio, pendiente tanto de la brevedad, como de proporcionar aperturas sugerentes a lo largo del perfecto desarrollo argumental. Evita inútiles descripciones confiando en la facultad imaginativa del ilustrador para completar la historia. Como así sucede: quedamos convencidos, satisfechos. No podremos ya concebir sus criaturas y escenarios de otro modo ajeno a la antifragilidad poética y misteriosa interpretada por un Javier Serrano pletórico, en estado de gracia.

El temible Safrech obtuvo el Primer Premio en el Concurso de Ilustración Iberoamericana, convocada por la Dirección General de Fomento y Promoción Cultural de la Junta de Andalucía, celebrado en Sevilla, en 1994. Por cierto: ¿qué fue de aquel concurso? ■

*Miguel Calatayud es ilustrador.

Esta sección recoge los comentarios críticos sobre los libros seleccionados como los mejores del siglo xx en el VI Simposio sobre Literatura Infantil y Lectura que la Fundación Germán Sánchez Ruipérez organizó en junio del 2000. (Véase *CLIJ* 130, p. 56.)